

Divagando

De ateos y libre pensadores

Rubén Lau*



Realidades invisibles, Óleo sobre tela,
150 x 120 cm / Verónica Leiton



El flujo del despertar (detalle), Óleo sobre tela,
150 x 120 cm / Verónica Leiton



Soplo de viento (detalle), Óleo sobre tela,
90 x 110 cm / Verónica Leiton

Es famoso el “filosofema” de Marx donde dice que la religión es el *opio* del pueblo en la introducción a *En torno a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*. Casi un siglo antes, en 1761, Paul Henry Thiry, barón D’Holbach había dicho: “La religión es el arte de embriagar a los hombres con fervor para impedirles que se ocupen de los males con los que sus gobernantes los oprimen aquí abajo”.¹ Es la misma línea de pensamiento que discierne, que critica, la que se advierte. El texto citado de D’Holbach es una excelente guía para una lectura crítica de la Biblia, es la voz de un militante del papel de la Razón en la vida del hombre, el reclamo del peso de la naturaleza frente a las fábulas y los mitos religiosos; es una voz de independencia del pensar del siglo XVIII, de esa Ilustración que desató tantos nudos en el pensamiento de los hombres y que, por obra del tiempo y las apetencias políticas, también abrió las puertas a la elaboración de nuevas ataduras ideológicas: las religiones² laicas emanadas de las revoluciones y/o del poder político. Una orientación similar para la lectura bíblica la proporcionan por igual dos novelas de José Saramago, *El evangelio según Jesucristo*, y *Caín*.

En los tiempos del barón D’Holbach (1723-1789), muerto meses antes del estallido de la Revolución francesa, circulaban variadas opiniones críticas de la milenaria retórica eclesiástica. Muchos años antes de la obra del Barón, otros pensadores habían expuesto una anticipación de lo que tiempo después rubricaría Ludwig Feuerbach (1804-1872) al afirmar que es el hombre quien crea a Dios y no a la inversa. Para citar casos, por ejemplo: Casimir Leszinsky, noble polaco, decapitado y quemado como ateo el 30 de marzo de 1689, llegó a decir: “Dios no es el creador del hombre, sino el hombre el creador de un Dios que se sacó de la nada”.³ O bien esta otra modalidad: Theodor Ludwig Lau (muerto en 1740), se apunta en este mismo *Diccionario*: “Desafió a la jerarquía eclesiástica en su conjunto pidiendo que le dieran a conocer qué es Dios”. Y remata Maréchal: “El guante no ha sido recogido”.⁴ Francia no se quedaba atrás, por igual circu-





El flujo del despertar, Óleo sobre tela,
150 x 120 cm / Verónica Leiton

laban novedosas y sugestivas interpretaciones como las de De la Mettrie.

Julien Offray De la Mettrie (1709-1751) decía: “¿Quién sabe, por otra parte, si la razón de la existencia del hombre no estará en su existencia misma?”⁵ Esa expresión se acompañaba con otras aseveraciones igualmente interesantes: “Los diversos estados del alma son, pues, siempre correlativos a los del cuerpo”;⁶ o esta otra: “El espíritu tiene, como el cuerpo, sus enfermedades epidémicas y su escorbuto”.⁷

Y una más, contundente y desafiante de la época: “...igual da para nuestra tranquilidad que la materia sea eterna o que haya sido creada, que exista un Dios o que no exista. ¡Qué locura atormentarse tanto por lo que no se puede conocer ni nos haría más felices aunque lo lográramos!”⁸

Con argumentos inconsútiles De la Mettrie ata el cuerpo al alma y el alma al cuerpo, tejiendo así una indisoluble unidad cuya funcionalidad culmina cuando la muerte se presenta y con ella acaban sus glorias y tribulaciones. Así de simple, lo demás, como dice este filósofo, son locos tormentos, vanos sinsentidos. O como dirán los filósofos analíticos de inicios del siglo XX: se trata de falsos problemas, de asuntos mal planteados. Aquellas fueron sugerencias muy anticipadas y quién sabe qué más podría habernos regalado De la Mettrie si una gran comilona no lo hubiese

conducido a la disolución de su propia unidad cuerpo-alma, un trágico desenlace digestivo muy singular y que en nuestros tiempos fue retratado hace ya varias décadas en una película titulada *La gran comilona*. Es pues admirable cómo los pensadores de esta especie se arriesgaban al rebasar los límites de los clancularios.⁹

No sobra anotar aquí otra manifestación del fenómeno religioso, me refiero a los fetiches, a la adoración de las reliquias, a esa atribución de impalpables poderes a objetos cercanos o que formaron parte de una figura destacada o supuestamente divina. Se nos relata que en la Edad Media por muchos años (hacia el siglo XIII, por ejemplo), gotas de la leche de María viajaron en pequeños frascos por muchos lugares; se difundió también la idea de que el ombligo de Jesús adornaba un crucifijo, y proliferó igualmente el culto, la veneración del Santo Prepucio de Jesucristo y que hacia el año 1206 el papa Clemente VII (sucesor de Inocencio III quien se había negado a pronunciarse sobre la veracidad del pellejo circulante), “dictó una bula en la que prometía indulgencias a todos los que peregrinasen a Charroux para adorar la reliquia”.¹⁰ Y, por supuesto, no faltó la querrela. Hubo una disputa entre ocho ciudades francesas que decían tener el verdadero prepucio, la llamada Charroux ganó el debate y su nombre justamente derivaba de esta composición: *char rouge* (carne roja). Todo un caso. ¡Cuán variada y rica es la imaginación tratándose de asuntos religiosos!

Pero el cómico pellejito no cerró su ciclo en el siglo XIII. En el XVIII, el barón D’Holbach toca de pasada la circuncisión y en una nota a pie de página de su *Historia crítica de Jesucristo*¹¹ (publicada originalmente en 1770) se apunta que algunos autores dicen que dicho prepucio se encuentra en Roma en la iglesia de San Juan de Letrán, pero que también la ciudad de Amberes se atribuye la posesión de tan preciada reliquia. Tal parece que las adoraciones ciegas no tienen siglos preferidos para expresarse. Recordemos que recientemente, en el 2012 si mal no recuerdo, fueron paseadas por varias ciudades mexicanas algunas reliquias ligadas al papa Juan Pablo II, una botellita incluso —se decía— con sangre del polaco: un patético espectáculo.

El tema de las reliquias tuvo otro elemento sensacional dejado por el Mesías, el taumaturgo más destacado de la historia. En otra nota al pie de página¹² en la obra mencionada (*Historia crítica...*) del barón D’Holbach, se nos dice que Jesús derramó lágrimas ante la muerte de Lázaro (a quien enseguida resucitaría, dice la fantasmagórica leyenda) y que una de esas lágrimas se conserva en Vendôme, en el Monasterio de la Santísima Trinidad, la llamada “santa lágrima”. Imaginemos la escena: alguien en aquellos lejanos tiempos recogiendo en un frasco esa gotita de agua, la guarda para un porvenir desconocido y muchos siglos después ciudadanos normales tragándose esa *boutade* (aunque por su condición divina seguramente esa lágrima tenía autohidratación para no desvanecerse). Nos dice por ello D’Holbach algo importante sobre el fenómeno religioso, una faceta antropológica diría-



Soplo de viento, Óleo sobre tela, 90 x 110 cm / Verónica Leiton

mos: "Pertenece a la esencia de la religión que los hombres no puedan entender jamás ni una palabra de la conducta divina; esto proporciona a sus guías espirituales la satisfacción de explicarlas por dinero".¹³

Años después, ya entrado el siglo XIX, un pensador alemán formado en las obras de Hegel, David Friedrich Strauss, hacia 1870 en un prólogo a la obra del cura Meslier (ateo confeso), decía:

Todas las religiones son obra de los hombres, y como todas se hacen pasar por invenciones divinas, todas descansan sobre el engaño; fruto de las cavilaciones de astutos políticos, son difundidas y desarrolladas luego por farsantes y falsos profetas, aceptadas por los pueblos ignorantes y sancionadas por los poderosos y los grandes de la tierra como freno para la multitud.¹⁴

Toda una sorpresa este hombre que toda su vida ejerció el oficio de sacerdote, mientras en silencio escribía sus obras de crítica y denuncia de la religión cristiana. Aunque en otro contexto, un fenómeno similar aconteció con Procopio de Cesarea (siglo VI), autor de una historia oficial de Bizancio en tiempos de Justiniano y Teodora, y quien, paralelamente, en la intimidad elaboró una *Historia secreta* de denuncia sobre estos emperadores, texto encontrado varios siglos después en la Biblioteca Vaticana y publicado en 1623. Por eso se acuñó el aforismo que dice: "Toda historia tiene su Procopio".

Sin duda, pues, hay múltiples modalidades a considerar en este campo y aquí sólo estamos divagando para recordar y saborear las lecturas. Recojamos entonces por curiosidad otro elemento. Recuerdo que en el *Elogio de la locura* Erasmo de Rotterdam dice que los hombres suelen adorar más las efigies mismas que aquello que representan. Una especie de fetichismo. Otro hombre de la época renacentista dice algo

parecido cuando relata que un buen día los dioses (Júpiter y otros) descendieron a la tierra para observar a los humanos. Para lograrlo ocupan el lugar de las estatuas esculpidas en su honor y las esconden, pero una de ellas asusta a varios malechores y se produce entonces una polémica entre ellos frente a los dioses reales que estaban en el lugar de sus representaciones (estatuas). Al expresarse los pillos sin respeto y con burlas por el suceso, los dioses asombrados comentan: "¿Cómo debería llamar a este problema que tienen los hombres, que se ríen de un dios presente y tienen respeto y terror de la estatua de alguien que no está?".¹⁵ En otro contexto, vemos aquí también lo que apunta Erasmo: el peso de la adoración al fetiche. Algo semejante nos transmite un texto de los siglos V-IV a.C., cuando señala que "Los dioses nacieron de la primera estatua que se pareció a un hombre. Cirofanes, el primer escultor egipcio, sería el fundador del primer culto".¹⁶ Podemos, pues, observar la adoración del fetiche sin mayor alusión a su significado y la necesidad que la creencia tiene de concretarse en una representación física de la idea de divinidad que se entroniza y ante la cual se genera una curiosa sumisión donde los cultos, los rituales, juegan un papel decisivo en la aceptación de un poder soberano. Esta misma actitud de embeleso, de sumisión y supeditación se produce ante los símbolos relacionados con el poder.

A este respecto ligado al poder, otro historiador nos ilustra sobre la aparición de uno de los fetiches más sorprendentes y profundos asociado al poder secular y eclesiástico. Me refiero a ese aire de lo inescrutable que ejerce el poder sobre los fieles, creyentes o ciudadanos en la sociedad. La obra de Ernst H. Kantorowicz, *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval*, es una minuciosa radiografía de la monarquía medieval y su transición hacia el Estado moderno, del tránsito de aquella sociedad "cuando los vínculos personales entre señor y vasallo determinaban la vida política y prevalecía sobre casi todos los demás lazos políticos, [cuando] la antigua idea de *patria* se había desvanecido o desintegrado prácticamente".¹⁷ En toda esa larga etapa, entre los rituales religiosos y las parafanalias monárquicas, se fueron estableciendo las formas y representaciones que identificaban a cada poder, el terrenal y el eclesial. Bien, Kantorowicz nos describe en un artículo el curioso "préstamo" entre el *sacerdotium* y el *regnum* cuando por imitación intercambiaban símbolos, vestimentas, insignias, prerrogativas y privilegios, que aportaban una imponente presencia

Se entiende, entonces, que la eclesiología se refiera siempre al misterio: “los designios del Señor son inescrutables, son un misterio”, con frecuencia escuchamos y en los fieles se genera así la aceptación, la sumisión a ese universo insondable e inexplicable, o que no se quiere ni se puede explicar.

imperial ante la audiencia, de tal suerte que para inicios del siglo XIII “se había llegado a un cierto estado de saturación, cuando los dignatarios espirituales y seculares estaban ataviados con todos los atributos esenciales de su cargo”.¹⁸ Ante esto, los hombres comunes de la época percibían una fusión entre el trono y el altar y eso mismo, de suyo, propiciaba la presencia de un asombro, de una especie de fuerza enajenante que se elevaba por encima de todos. Con el obrar del tiempo, y múltiples expresiones de juristas sobre todo, se fue consolidando la idea de la existencia de un *misterio*, algo indescifrable e incontrovertible en torno a las facultades (prerrogativas, privilegios) inherentes al poder, al Estado, idea que favoreció en su momento la emergencia del absolutismo. Por ello Kantorowicz dice: “Siempre fue esa *lingua mezzo-teologica* propia de los juristas la que elevó al estado secular a la esfera del ‘misterio’”.¹⁹ Nos ilustra, pues, el largo proceso de formación y consolidación de conceptos que integrarían la teología política del Estado moderno y que vinieron elaborándose e instalando en las mentalidades sociales desde la fase final del medievo. Se entiende, entonces, que la eclesiología se refiera siempre al misterio: “los designios del Señor son inescrutables, son un misterio”, con frecuencia escuchamos y en los fieles se genera así la aceptación, la sumisión a ese universo insondable e inexplicable, o que no se quiere ni se puede explicar.

El poder secular, tomó en préstamo —valga la expresión— del acervo teológico el constructo del misterio. Ese misterio envolvente como el embrujo que genera asombro e induce explicaciones que justifican su existencia, pero que nunca se discierne su verdadera esencia. Es como la sospecha o convicción de la existencia de un secreto ahí donde no lo hay. Algo semejante ocurre con el ambiente ligado a la esfera del poder estatal, a veces arropado en la “razón de Estado”; otras, simplemente referido a las facultades y prerrogativas que detentan los dignatarios, y que ante el ciudadano común se erigen como lo arcano, como magia hipnótica que arroja y se torna inalcanzable. Quizás a esto se refería Marx cuando decía en *Revelaciones sobre el proceso de los comunistas en Colonia*, si mal no recuerdo, que “el rey es rey mientras alguien lo vea como rey”. Aludía —al parecer— al factor ideológico, a la aceptación y sumisión ante la figura del rey como símbolo de poder y sus misterios colaterales.

Más allá del aspecto psicofilosófico del fenómeno, varios pensadores analizaron y concentraron su atención, sobre todo a la presencia empírica de aquellas manifestaciones abstractas que hemos referido antes. Por ejemplo, otro filósofo francés del XVIII, Helvétius (1715-1771) llegó a sentenciar: “Las religiones son útiles, pero sólo para los curas y para los tiranos”.²⁰ Esta aseveración del filósofo, como podemos advertir, concentra su agudeza crítica en el clero y los tiranos, más que en la religión misma. Esto obedece a que, según nos ilustra Arno J. Mayer,

los *philosophes* fueron mucho más minuciosos y cáusticos en su crítica hacia la Iglesia que hacia la religión: a la primera se le tachó de ser no sólo fuente de superstición, oscurantismo y prejuicio, sino también baluarte principal contra la razón, el progreso y la libertad [...] la Iglesia era más penetrante que el Estado, y llegaba a cada pueblo y a cada corazón a través de sus agentes.²¹

Algo similar llegó a señalar otro analista en relación a 1789:

De hecho, el anticlericalismo revolucionario presenta una misma explicación: se estaba menos resentido contra la idea religiosa en cuanto tal que contra la Iglesia como poder temporal, contra sus riquezas y privilegios, intermediarios molestos entre los ciudadanos y la divinidad. La secularización, la expropiación en general no propendieron a abolir el sentimiento religioso, sino más bien a restablecer entre el hombre y Dios una inmediatez análoga a la que la revolución política trataba de instaurar entre todas las conciencias.²²

Por estos sutiles itinerarios de la evolución de las ideas, advertimos entonces porqué el pensamiento liberal, por ejemplo, privilegió sus esfuerzos en separar a la Iglesia del Estado, en lugar de avocarse sólo al combate de la religión en sí misma. El tiempo ha transcurrido, cada quien hoy puede valorar la actualidad de aquellas apreciaciones. Todos ellos, pues, y otros ilustres pensadores, contribuyeron en los afanes liberales para la separación de la Iglesia y el Estado. La aportación de estos “aboneros de la razón”, quienes obraron con el andar del tiempo como eficaces opífices de la separación entre el poder y los altares, fue tarea de valor his-

tórico incalculable, sobre todo si volteamos a ver las expresiones fundamentalistas y fanáticas que atormentan hoy al mundo de los musulmanes.

Se antoja concluir con la duda inevitable: ¿Existe alguna receta para esquivar o eliminar al máximo el fanatismo de la índole que sea, política o religiosa estrictamente? No existe la medicina infalible, ni siquiera la minúscula aspirina del caso. Contamos, eso sí, con rutas que el transcurrir del tiempo ha venido aconsejando. Una de esas —para terminar este divagar— se recoge en el *Diccionario* que venimos citando: En el libretto de una ópera musicalizada por el compositor André-Ernest-Modeste Grétry (1741-1813) se contiene este diálogo:

“Un interlocutor: ¿Qué pondremos en lugar de los curas?

Respuesta: Buenos magistrados que no mientan.

Un interlocutor: ¿Y en lugar de los dioses, a los que tanto temían nuestros antepasados?

*Respuesta: Sabias leyes, buenas costumbres...”*²³

Nada fácil, nada cercano, es tarea de muy largo plazo. Y al parecer no hay atajos.

*Docente-investigador de la UACJ.

¹ *El cristianismo al descubierto*. Laetoli, Pamplona, 2008, pp. 142-143.

² El historiador francés Albert Mathiez (1874-1932) fue pionero en abordar el complejo y controvertido fenómeno de las revoluciones o movimientos masivos profundos como simiente de una religión nueva, laica, civil, y tal enfoque lo aportó con *Los orígenes de los cultos revolucionarios (1789-1792)*, originalmente publicado en 1904 y en ocasión reciente, editado en español en España (2012) por la Universidad de Zaragoza; también por el Centro de Investigaciones Sociológicas y la Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado.

³ Sylvain Maréchal, *Diccionario de ateos*. Laetoli, Pamplona, 2013, p. 184.

⁴ *Ibid.*, p. 176.

⁵ Julien Offray De la Mettrie, *El hombre máquina*. Eudeba, Buenos Aires, 1962, p. 71.

⁶ *Ibid.*, p. 44.

⁷ *Ibid.*, p. 43.

⁸ *Ibid.*, p. 71.

⁹ Nombre que reciben los filósofos que consideran que cuando se habla en público sobre religión no se debe uno apartar de la forma de pensar común y ordinaria, y que hay que reservar las verdaderas opiniones para las conversaciones privadas. Maréchal, *op. cit.*, p. 76.

¹⁰ Philipp Blom, *El coleccionista apasionado. Una historia íntima*. Anagrama, Barcelona, 2013, p. 197.

¹¹ D'Holbach, *Historia crítica de Jesucristo* (s. E.), (s. f.), pp. 84-85.

¹² *Ibid.*, pp. 230-231.

¹³ *Ibid.*, p. 238.

¹⁴ Jean Meslier, *Testamento de un cura ateo*. El Cuenco de Plata, Buenos Aires, 2011, p. 16.

¹⁵ León Battista Alberti, *Momo o del príncipe*. Consejo General de la Arquitectura Técnica de España, 2002, p. 166.

¹⁶ Maréchal, *op. cit.*, p. 76.

¹⁷ Ernst H. Kantorowicz, *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval*. Akal, Madrid, 2012, p. 244.

¹⁸ Ernst H. Kantorowicz, "Mysteries of State: An Absolutist Concept and Its Late Medieval Origins". *The Harvard Theological Review*, 48, 1 (1955), p. 66.

¹⁹ *Ibid.*, p. 87.

²⁰ Maréchal, *op. cit.*, p. 141.

²¹ Arno J. Mayer, *Las furias. Violencia y terror en las Revoluciones francesa y rusa*. Prensas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2014, p. 81.

²² Jean Starobinski, *1789. Los emblemas de la razón*. Taurus, Madrid, 1988, p. 31.

²³ Maréchal, *op. cit.*, p. 134.

Fecha de recepción: 2014-10-15

Fecha de aceptación: 2015-03-02

Recuento

Exceso de fuerza policiaca: cuatro casos al abrir el 2015

Jesús Cristian Aceves Medrano*

¿En qué medida es cuantificable la legitimidad del uso de la fuerza policial en un Estado de derecho? Dicha cuestión ha sido recientemente trastocada con los constantes ejemplos de abusos policiales cometidos en contra de ciudadanos que, según apuntan las condiciones de cada caso, se hallan en clara desventaja, totalmente expuestos ante los agentes de esta institución del sistema penal, que en aras de mantener la seguridad pública, hacen uso excesivo de sus facultades quitando la vida a individuos quienes, aun y cuando no representan un riesgo latente para los uniformados ni para el orden social, perecen ante la materialización de la fuerza del Estado.

No basta con ir más allá de los archivos periodísticos de este año para nutrir con ejemplos lo anteriormente dicho: el 10 de febrero del año en curso, el asesinato del migrante michoacano, Antonio Zambrano Montes, a manos de oficiales del departamento de policía de la ciudad de Pasco, en Washington, causó seria indignación a la ciudadanía por múltiples circunstancias: desde la evidencia videográfica del suceso, su condición de ser una minoría en la sociedad norteamericana o que se hallara desarmado, fueron motivos suficientes para desatar la repulsa de este hecho por parte de la generalidad de la población. Los agentes policiales atendieron una llamada que denunciaba a un hombre que arrojaba piedras a vehículos en una transitada calle. Al llegar al lugar e intentar detener al hombre que se negaba a acatar las órdenes proferidas por los policías e incluso lanzó algunas piedras a éstos; procedieron a someterlo con una pistola eléctrica, pero al darse Zambrano a la fuga, los uniformados no dudaron en abatirlo a tiros, ante la mirada atónita de diversos testigos.

Tras el caso de Zambrano Montes, quien ya contaba con un antecedente de conductas erráticas, le siguieron, en un periodo de tiempo muy breve, otros más con el mismo tenor. El 20 de febrero, en la ciudad de Euless en el estado sureño de Texas, otro

(Continúa en p. 44)

